

## EL NERVION, EN ROJO Y BLANCO

Decenas de miles de personas aclamaron a los campeones desde el Abra a San Antón

# SINGLADURA TRIUNFAL

A bordo de la «gabarra de Caronte», el Athlétic surcó ayer en singladura triunfal el trayecto que separa a los elegidos la orilla de la miseria terrenal de la ribera de la gloria imperecedera entre el clamor de un todo un pueblo que se volcó en ambas márgenes de la ría para testimoniar a sus héroes su

Fernando Iturribarriá

La ría es el símbolo más representativo del dinamismo emprendedor, el trabajo, el pundonor y la abnegación de nuestro pueblo. Y la ría estuvo ayer con el Athlétic, un equipo que recoge, corregidas y aumentadas, todas esas virtudes. «Athlétic, la ría zuekin» (Athlétic, la ría está contigo) parecía gritar desde el Abra hasta Bilbao la arteria fluvial que ha insuflado vida y desarrollo a esta tierra desde el confín de los tiempos.

Son muchos los que pretenden reducir a la frialdad de unas cifras estimativas la sintonía perfecta en que se unen equipo y afición en una de estas fechas memorables. Un millón de personas decían algunos que había ayer en torno a los campeones. Tal vez. Lo cierto es que eran muchos los millones de ilusiones y de sueños compartidos que se dieron cita ante

más incondicional adhesión inquebrantable. Ayer más que nunca la gabarra de los campeones fue Vizcaya entera, una especie de «gabarra Bizkaia da», porque todos los pueblos del viejo Señorio se veían reflejados en la nave que transportaba a un puñado de mocetones al Olimpo donde moran los mitos milenarios.

las turbulentas aguas del Nervión. Y como síntesis definitiva de esta mágica comunión colectiva, un solo grito brotaba de las gargantas, ya totalmente rotas, de las miles de gentes apostadas en las orillas: campeones, campeones, ohe, ohe, ohe.

Luna rojiblanca

A las cinco menos diez de la tarde de un primaveral lunes 7 de mayo, fecha inscrita ya con tinta indeleble en los anales de la historia del club de San Mamés, zarpara del embarcadero del Marítimo la gabarra que transportaba a los campeones. Decenas de embarcaciones de todo tipo, gabarras, gasolineras, traineras, remolcadores, veleros, zodiac, fuera-bordas, txintxorros y hasta algún pesquero, componían el cortejo que acompañaba a los leones con cientos de banderas rojiblancas, ikurriñas y el sonar de sus sirenas. Ni siquiera la luna, que asomaba su blanca palidez en un cielo azulado, quería perderse la cita con estos chicarrones del Norte que arrastran en

copas tras dar un buen tute al resto de los equipos. «No te has fijado nunca que la luna tiene unas rayitas rojas muy finas», le comentaba persuasivo al oído un hincha a su amigo que, con la vista en el satélite, ponía cara de candorosa credulidad. Ayer todos los delirios tenían visos de realidad porque todos pareciamos participar de un sueño colectivo.

Gracias Athlétic, tu sí haces afición era el mensaje de amor que mostraba, por babor y estribo, una embarcación en grandes pancartas. Los muelles del Abra se encontraban atestados por una multitud de personas de todas las edades, desde una chiquillería estridente hasta señoras que antes de ayer pensaban que una liga sólo servía para sujetar las medias. Todos estaban con el Athlétic, con su equipo. El Alirón resonaba por la megafonía de la gabarra atlética y Vizcaya entera se



Patxi Salinas, bandera en ristre, «castigando» al Codorniu.



Momento de partida de la poderosa «armada rojiblanca».

## EL ATHLETIC SOMOS NOSOTROS

Luis de Castresana

PREMIO NACIONAL DE LITERATURA

Bilbao fue ayer algo más que un delirio y algo más que una fiesta. Fue una experiencia. Fue la comunión de un pueblo con su equipo y, en lo profundo, la comunión de un pueblo consigo mismo. Muchos se preguntan por qué el Athlétic desperta tal entusiasmo, por qué cala hondo en la idiosincrasia emocional de nuestra tierra y por qué se nos ha convertido, desde siempre, en algo tan hondo, tan vivo y tan nuestro como el Arenal, la ría o el puente colgante. Y la razón, realmente, es muy simple: el Athlétic somos nosotros. Casi sin excepción, los equipos de fútbol del mundo entero son empresas, a manera de multinacionales grandes o pequeñas, dedicadas a fabricar goles. Firman talones, estudian cotizaciones y compran y venden acudiendo al mercado nacional o internacional, atentos siempre al «marketing» y a la bolsa del fútbol. A veces consiguen nóminas brillantes de jugadores y técnicos, ganan campeonatos, congregan a miles de socios. Pero por muchos triunfos que acumulen, por mucho que contraten a jugadores famosos de otras tierras que a cambio de millones están dispuestos a vestirse determinada camiseta durante una temporada, el hecho cierto, indudable, es que siguen siendo empresas dedicadas a fabricar goles. Esto es algo que no me parece ni bien ni mal; me limito sencillamente a constatar un hecho. Y por mucho que los «hinchas» se identifiquen con esos equipos, por mucho que en las camisetas de jugadores brillen los colores o el escudo de la ciudad, el dato indiscutible es que son equipos que carecen en cierto modo de *representatividad*, de auténtica, de verdadera, de profunda, de popular representatividad. Les falta raíz. Y un equipo sin raíz (aunque sea muy bueno) no

es propiamente un equipo en su más hondo y primigenio sentido emocional. Es hermoso el fútbol en sí y por sí mismo, como tal espectáculo, y hay jugadores venidos de fuera cuyo juego es realmente admirable y digno de ver. No discuto eso. Pero me parece obvio que once jugadores contratados aquí y allá no constituyen, más bien, una nómina.

El Athlétic, que sabe ganar campeonatos, no es una empresa, no es una multinacional fabricante de goles, sino que es, con todas sus consecuencias, el equipo representativo de una ciudad, de una tierra, de una colectividad. Y eso es lo que hace de él un equipo absolutamente entrañable y lo que le da esa palpitación comunicante con su pueblo. Siendo yo niño, mi padre solía llevarme a San Mamés como un navarro lleva a su hijo a los Sanfermines a que corra los toros por la calle de La Estafeta: con un sentido de orgullo, de participación, de tradición local sentida y asumida por todos. Cuando el Athlétic volvía «a casa» con la Copa, todo Bilbao iba (como ayer) en familia al Ayuntamiento a verlos llegar, a ondear banderas rojiblancas y a cantar el «Alirón» y «Por el río Nervión bajaba una gabarra». Infatigablemente, los domingos por la noche, cuando volvía a casa a cenar, mi madre me preguntaba: «¿Qué ha hecho hoy el Athlétic, Luisito?». Y se llevaba un disgusto si «habíamos» perdido. Ya he contado en «El otro árbol de Guernica» lo mucho que significó para los niños vascos evacuados al extranjero, durante la guerra, tener una camiseta del Athlétic que en cada partido nos ibamos poniendo por turnos. Aquella camiseta, como el árbol del patio al que llamamos «el árbol de Guernica», fue para nosotros un acercamiento a nues-

tos hogares, un símbolo y una esperanza en los años de la larga ausencia. Allí descubrimos, por nosotros mismos, lo que en el Athlétic hay, real y verdaderamente, de cordón umbilical hombre-tierra. Fue para mí muy emocionante cuando en 1968 el Athlétic me concedió la camiseta de jugador número 12, que me impusieron el entonces presidente Egusquiza y Piru Gainza con el abrazo de mis «compañeros» de equipo.

Lo de ayer, en Bilbao, fue algo más, mucho más que un recibimiento futbolístico. Fue una fiesta cívica en su más resonante y popular manifestación. Fue también una definición, una efemérides en la que un pueblo se definió a sí mismo. El lector encontrará fotografías y amplia información en estas páginas de EL CORREO, y no voy yo a intentar describir lo que mis compañeros ya describen y lo que todos los lectores vivieron y vieron por si mismos. Es un hecho indiscutible que el fútbol ha pasado de la anécdota a la categoría. Comenzó como deporte, se ramificó en espectáculo-negocio y se ha convertido en psicosociología. La Grecia diseminada en pequeñas ciudades-estados fue tomando conciencia de su identidad totalizadora en aquellas Olimpiadas a las que Sócrates y Eurípides y Platón acudían como acuden hoy los «hinchas» a los campos de fútbol. Yo creo que, si hubiese que elegir un punto de referencia instalizador de todos los vizcainos, si hubiera que elegir un símbolo unificador del alma popular de Bilbao y de Vizcaya entera, ese símbolo, sin dudar, sería el Athlétic. Y se comprende que así sea, porque, realmente, el Athlétic somos nosotros...